

# Mujeres que escriben demasiado



Mónica Lavín

“ESCRIBES COMO HOMBRE” me han dicho alguna vez después de leer una novela o cuento mío. La poeta María Rivera también hace alusión a esa frase en el kit para poetas que propone dentro del grupo de voces convocadas en este número de *Casa del tiempo*. La frase está en el aire. Flota como un tasador universal. Como si fuese una verdad el que se escriba según el género. ¿Cómo escribe un hombre? ¿Qué produjo tal afirmación?, pensé. Por otro lado, el calificativo lo lanzaron hombres y mujeres; ellos tal vez se sintieron a gusto con un texto más descarnado y más lejos de sus expectativas sobre temas y tratamientos (otra mujer escribiendo de amor, reclamo a los hombres, denuncia y lenguaje corintelladesco...); ellas, cierta extrañeza por lo crudo. No lo sé de cierto y me intriga. Nos intriga a todas el que se haya acuñado un término como “literatura femenina”, el que se haya designado una Isla María (no podía ser otro el nombre) para instalarnos a las escritoras. Por ello convocamos a narradoras, poetas y críticas para reflexionar en conjunto, para hurgar en el terreno que se pisa en materia de escritura de mujeres.

Virginia Woolf, tan escritora como escritor, defendió *La habitación propia* para las mujeres (porque los hombres ya la tenían) en la medida que se necesitaba una independencia económica para ello: guineas y espacio. Lo demás lo pone la autora. Ella, tan bandera de las feministas, dijo con sabiduría sobre su antecesora, Jane Austen, que escribía sin conciencia de su sexo. Es precisamente sobre la calidad literaria, independientemente del género del autor, que Ana García Bergua pondera con ese sentido del humor que la caracteriza. En esa manera en que ella como narradora se transmuta

en los personajes de su historia y de ser gato, si fuera necesario, “me lamería las patas”. Imagina un mundo donde no exista el asombro porque sea una mujer —de preferencia guapa— la que escriba tal o cual cosa. Que el texto hable por sí solo. “¿Cuándo se ha tenido que depilar las cejas Carlos Fuentes?”, se pregunta la autora de *Edificio*; en cambio, una tiene que verse bien.

Es cierto que nuestra irrupción en la vida pública, y por tanto nuestra voz literaria, ha sido reciente. En la literatura en lengua inglesa, en cambio, la presencia de autoras en el canon fue anterior. Las condiciones sociales y políticas así lo permitieron. Su acceso a la universidad, la posibilidad de votar, ocurrió primero. Por eso las Brönte, Austen, Woolf, Mansfield publicaron a finales del XIX y principios del XX; por eso (y por otras razones) varias mujeres de la tradición literaria en lengua inglesa han recibido el premio Nobel, mientras que sólo Gabriela Mistral figura en la nómina de las hispanoamericanas. Carmen Martín Gaité lo explica de maravilla en su ensayo *Desde la ventana*. En cuanto las mujeres pudimos mirar por la ventana más allá de lo que ocurría en nuestra casa, empezamos a tener una voz. Y esto hace poco que ocurrió. En la literatura de casa, la mexicana, la voz de las escritoras es francamente visible a partir de los cincuenta con Castellanos, Dueñas, Dávila, Arredondo y Garro. Y de cada una puede haber mucha tela que cortar en cuanto al reconocimiento u olvido en su tiempo y ahora (la espléndida colección “Desbordar el canon” da cuenta de ello).

Por eso es tan asombroso tener una antecesora en el siglo XVII, un portento como sor Juana Inés de

la Cruz, en las letras hispanoamericanas. Para atizar ese asombro por una mujer prácticamente autodidacta que sobresalió en medio de la adversidad de un siglo de analfabetos, rigidez social, obligatorio respaldo de varones, dotes monetarias, con escasísima posibilidad de decidir un destino, Sara Poot Herrera, especialista en el tema, nos comparte una breve genealogía en medio de nuevos y constantes hallazgos. Con el pretexto del lugar donde irán a parar “los huesos sosegados” de la jerónima ilustre, una vez comprobada su autenticidad, nos contagia de lo presente y viva que está sor Juana, no sólo en su obra, sino en la búsqueda de pistas que den luz sobre ella y su circunstancia.

Desde el siglo xvii se tira un arco hasta el presente, donde la conciencia de participación de las mujeres en las diferentes esferas de la sociedad obliga a cuotas de género que en algunos momentos resultan absurdas, como lo expresa Gabriela Valenzuela, especialista en la literatura mexicana de los autores nacidos a partir de los setenta. Intentando armar una antología de cuento experimental con ese criterio, se encontró con que pocas de las autoras llevaban el cuento a sus límites, trasgredían la corsetería de la forma, lo que la llevó a plantear una pregunta interesante que habrá de responderse hurgando en las razones: ¿Acaso la forma más experimental de los autores varones y más tradicional de las mujeres cuentistas revisadas tiene que ver con patrones culturales o con estructuras cerebrales? ¿Esto pasa en México o en la literatura universal? Mientras Valenzuela dilucida sobre riesgos y apego a la forma en el cuento, compartiendo su interés por algunas de las autoras que ya destacan, la crítica Pilar Morales nos lleva a las obras de las novelistas mexicanas jóvenes. Nos provoca con la conclusión derivada de la lectura de Lozano, Mier, Contreras; donde lo breve, fragmentario y conciso es la forma que arropa orfandades y abandonos: un recuento de pérdidas en una generación donde tal vez, me atrevo yo, los roles masculinos tradicionales están en crisis. No ya una literatura del testimonio y la reivindicación de género como la del llamado *boom* de

la literatura femenina de los ochenta y noventa, sino historias donde padres, abuelos, parejas están ausentes. Una literatura dolorosa. Añadiría a los asombros por las plumas más recientes a Valeria Luiselli, que en 2010 publicó un libro de ensayos, *Papeles falsos*, y que con la reciente novela *Los ingrátidos* da cuenta de una estrategia narrativa, un tono y una cultura literaria que se decantan en una sabiduría inesperada y una mirada muy original.

Si las revistas han sido un lugar de encuentro para las mujeres, sea *El semanario para señoritas* de 1841, que menciona García Bergua, como el *Cosmopolitan*, *Vanidades*, etcétera, María Rivera propone un kit que incluye una carta encontrada en una de estas revistas desde un futuro imaginario. Con una lúcida ironía, Rivera pone los reflectores en el tejemaneje del reconocimiento literario. Entre los consejos que aparecen en la carta (conviene pegarla en el refrigerador... al fin y al cabo territorio de mujeres) está casarse o noviar con un escritor, editor de una revista, que tendrá a bien así cumplir con la cuota de género y con la satisfacción conyugal. Divertida y punzante, la poeta (tachar poetisa) cierra el kit con un cuadernillo donde hay que sustituir *mujer* por *varón* en las sentencias de renombrados filósofos.

Territorios, membretes, cuotas de género, juegos de poder, calidades literarias son algunos de los términos que comunican uno y otro texto, sea el siglo xvii o el despuntar del xxi. Esta concurrencia de miradas pretende atizar el fuego de la discusión, con la intención de que en algún momento lectores, críticos, editores (de cualquier sexo) sean quienes se abandonen ante el poder y calidad de la obra de ellas, siempre que la haya, sin que priven prejuicios sobre la mirada que deviene de una u otra condición de género. Como dice Ana García Bergua, apelar a la calidad individual. Pero aún hay camino por recorrer. Y la constancia de esa búsqueda y hechura no se dará en la cama o la cantina, sino en el papel. No el papel de la mujer sino el papel de la escritora. ■■■

Ilustraciones del dossier:  
Gudelia Cortés Martínez

